

ban todo el cuerpo de colores, y adornábanle la cabeza con penachos de flores ó de plumas. Cargaban en hombros la estatua del ídolo y con ella danzaban al derredor del poste en que ataban á la víctima, armados todos de arcos y flechas. El sacerdote-verdugo (Nacon) ataviado con sus vestiduras, se dirigía el primero á la dicha víctima, y con actitud y movimientos deshonestos le hería con su flecha, sea hombre ó mujer, y recogiendo impasible la

su gente que tomara venganza de tan bárbaro atentado. Pero no se atrevieron á obedecerlo, sabiendo que inmediatamente hubieran sido oprimidos por la muchedumbre; con lo que el desconsolado padre se volvió á su casa á llorar su infortunio todo el resto de su vida. Su infeliz hija fué diosa y madre humana no solo de Hitzilopchtli, sino de todos los dioses, que es lo que significa el nombre *Tetcoinan*, con el cual fué desde entónces conocida y reverenciada. Tales fueron en aquella nueva ciudad los principios del bárbaro sistema religioso, etc.”—*Historia Antigua de México*. Lib. II.

Y el Sr. Roabárcena, refiriéndose también á la época en que los mexicanos fundaron su nación saliendo de la esclavitud en que se hallaban bajo los Colhuas, dice así: “Suscitaron una guerra entre los Colhuas, sus amos, y los Xochimilcas, sus vecinos; vencidos los primeros en diversos combates, apelaron á la ayuda de sus esclavos (los mexicanos) quienes dieron tales pruebas de valor y hasta de ferocidad, ejecutando en las aras de su dios Hitzilopchtli, los *primeros sacrificios humanos habidos en el país*, que los Colhuas ó por premiar sus servicios, ó por temor á su barbarie, los dejaron salir libres.”—*Catecismo elemental de la historia de México*. II Parte. § XII.

sangre de la herida, iba á untar con ella el rostro de los ídolos. En seguida, comenzaban todos á lanzar sus flechas por el orden que el Nacon indicaba, al compás de la música y del baile, disparando todos al corazón de la infeliz víctima, cuyo lugar marcaban en el pecho al efecto con alguna señal que sirviese de blanco.

Si el sacrificio había de hacerse arrancando el corazón á la víctima, conducíanla con gran solemnidad al sacrificadero, que era una mesa de piedra redonda ó casi redonda, en que cuatro Chaques le extendían con presteza, asegurándole cada uno por su lado, tirando con fuerza de los piés y de las manos, de modo que quedara boca-arriba y en posición convexa, forzada como un arco. Entónces el fiero Nacon, armado del pedernal cortante y con horrible destreza y bárbara crueldad, abría de un solo corte entre las costillas del lado izquierdo bajo la tetilla; metía la mano y tirando del corazón, arrancábale vivo y palpitante, y poníale en un plato ¹ que le presentaba un sa-

¹ Muchos de estos platos, fabricados de barro y á veces vidriados y pintados, se encuentran á menudo en las excavaciones que se hacen al pié de las pirámides ó cerros en que aquellos sacrificios se practicaban. Los hay que tienen, á manera de piés, tres bolas huecas adheridas, con otra más pequeña suelta dentro de cada una, y un agujero para que al son de la danza y música, resuene con el movimiento que la imprime el que le lleva entre sus manos. En nuestro “Museo Yucateco” tenemos muestras de ellos.

cerdote Chilam, quien iba de prisa á ofrecerlo á las imágenes del demonio, cuyos rostros untaba con la sangre caliente.

“Algunas veces, dice el Sr. Landa, hacían este sacrificio en la piedra y grada alta del templo, y entónces echaban el cuerpo ya muerto por las gradas abajo á rodar, y tomábanle los oficiales (Chaques) y desollábanle todo el cuero entero, salvo los piés y las manos, y desnudo el sacerdote se aforraba de aquella piel y bailaban con él los demás, y era cosa de mucha solemnidad para ellos esto. A estos sacrificados comunmente solían enterrar en el patio del templo, ó si no comíanse los, repartiendo por los que alcanzaban los señores, y las manos y piés y cabeza eran del sacerdote y oficiales, y á estos sacrificados tenían por santos. Si eran esclavos cautivados en guerra, el señor de ellos tomaba los huesos para sacar por divisa en los bailes en señal de victoria. Algunas veces echaban personas vivas en el pozo de Chichen Itzá, creyendo que salían al tercer día, aunque nunca más pareciesen.”¹

La colonia de indios mexicanos debida al tirano yucateco, fué introduciendo estos grandes males, desde la época anterior, en que siendo soldados sus componentes, formaban las filas del ejército aliado de Mayapan, continuando la

¹ Landa. *Relacion.* § XXVIII.

obra en esta siguiente, en que ya poblaban como colonia pacífica, la provincia de Acanul. Porque ellos introdujeron en la Península, segun hemos visto, no solo el arte de la guerra (que hacía mucho tiempo tenían en olvido los yucatecos), apoyando la tiranía, sino la barbarie de los sacrificios humanos, y por consecuencia toda la rudeza de costumbre que se nota en esta época de decadencia. Herrera dice así: “El oficio de abrir el pecho á los sacrificados que en México era estimado, aquí era poco honroso.”¹

Pero si era poco honroso en las épocas pasadas, no así en esta última, en que ya encontramos al pueblo maya tan ocupado en practicar los sacrificios, enteramente como el mexicano lo practicaba, esto es, con frecuencia, con gran solemnidad, y con la repugnante circunstancia de vestirse el sacerdote con la piel que arrancaba á la víctima humana, y aun de comer algunas veces en banquete la carne de ésta. “Enterraban el cuerpo, añade el mismo Herrera, en el patio del templo y algunas veces se lo comían, aunque los de Yucatan no fueron tan grandes comedores de carne humana.”²

¹ Década IV, Lib. X, Cap. III.

² Id. Cap. IV.—Estos testimonios de los historiadores y el muy terminante del Sr. Villagutierre que dejamos consignado en el Cap. X, pag. 222 de la presente obra, hacen ver que el pueblo maya nunca tuvo, como pueblo, ni en

Indudablemente al tiempo de la guerra entre Mayapan y Uxmal, los mexicanos exigieron á Cocom, como aliados, que fueran ofrecidos á los dioses de la guerra, los muchos y sangrientos sacrificios que ellos tenían por costumbre ofrecer en su país ántes de entrar en combate y despues de él para hacérselos propicios. Y los hijos de Yucatan, así en Uxmal como en Chichen y otras ciudades, amedrentados por su fanatismo idolátrico y llenos de aprension, debieron entender, que si por su parte no adoptaban la *piadosa* costumbre de ofrecer á los mismos dioses, por lo ménos igual número de víctimas humanas, no podían hacérselos favorables, ni alcanzarían, en consecuencia, victoria alguna sobre sus enemigos, se propondrían practicarla, y hé aquí cómo á vuelta de pocos años ya las costumbres radical y extraordinariamente se cambiaron en toda la Península. Despues, colonizados los mexicanos en la provincia de Aca-

esta época de tan triste decadencia y verdadera degradacion, el uso horrible de la antropofagia, como los caníbales; pues sólo en los casos de especiales sacrificios, *alguna vez*, como dicen Landa y Herrera, comian los principales al sacrificado, repartiendo entre ellos pequeños pedazos, y esto por seguir la costumbre mexicana, pues nunca la asamblea de un pueblo gentil puede rehusar alimentarse de aquella vianda ó manjar que tiene en su fanatismo por comida de sus dioses. De esta práctica á la otra de tener por habitual alimento el de la carne humana, hay ciertamente diferencia.

nul, siguieron, en el tiempo de esta última época, sus sangrientos sacrificios, dando ocasion á los mayas para que tambien hicieran lo mismo, provocándose al efecto continuas guerras, y viniendo así á quedar arraigada tan bárbara costumbre.

Debemos conjeturar, además, que si en la costa Norte y en el centro de la Península influyeron tan siniestramente los mejicanos, en el Este de ella y en las islas adyacentes influyeron en el mismo sentido los Caníbales, pues estos famosos bárbaros, habitantes de las Antillas, eran, por la posicion geográfica de su país, vecinos orientales muy cercanos de Yucatan, siendo de presumir que los que de ellos hubiesen inmigrado y estableciéndose en la Península, hubiesen recibido, como los mejicanos, la misma denominacion metafórica de *Peches*, por su cualidad de sanguinarios y antropófagos.

Un estado de tan vil abyeccion, una estadística asombrosa de casi general y humillante esclavitud, un despotismo cruel, y en fin, la más completa desmoralizacion en todo sentido, tenían que ser las necesarias consecuencias de aquel género de vida social, y por lo mismo, no extrañarémos (principalmente en la alta clase de aquellos que vivían á costa del sudor de sus esclavos y que creerían no existir sino únicamente para mandar y gozar) la ausencia total del pudor y de las buenas y laudables costum-

bres, hasta el grado de que este pueblo viniera en parte á semejarse al de la Pentápolis, cuyo pecado enorme y especial le dió tan triste fama en la historia, que el nombre de su ciudad capital, Sodoma, vino á hacerse sinónimo del mismo pecado, en la acepcion más avanzada y en la calificacion antonomástica de *nefando* por ser el más horrible y contrario á la naturaleza. Y así como Sodoma, Gomorra y las otras tres ciudades de aquella region, desaparecieron de la superficie de la tierra al fuego de la ira divina, mandando el Señor, como autor y dueño de la naturaleza, que ésta tomase venganza de los ultrajes cometidos por las cinco ciudades contra ella, devorando las llamas á sus moradores y á sus moradas, y viniendo despues las aguas del Mar-Muerto á sepultar entre sus impuras ondas sus impuras ruinas, así vemos al pueblo maya, como sumergido en un mar de plagas, que le azotan, y le arruinan con insólita y misteriosa fuerza, sin que hubiese faltado la notable circunstancia de un incendio general, que tan extraordinariamente contribuyese no sólo á diezmarle, sino casi á borrarle de la faz de la tierra.

Es fama hasta hoy, que por una estrecha necesidad y justa conveniencia, la moral cristiana introdujo en beneficio de estos indios, desde los días de su conversion, la práctica oportuna y saludable de constituir en matrimonio á

los jóvenes, cuando apenas acaban de entrar en la edad nubil, que es muy temprana en ellos, y que á pesar de esta medida, y de la sujecion en que ahora viven, no faltan desórdenes que castigar y deplorar. Esto, á no dudar, nos indica qué proporciones no tomaría en este pueblo la más vil y baja de las protervas inclinaciones humanas, abandonado á la licencia desenfrenada de una constitucion social sin Dios, y por consiguiente sin moral, como llegó á encontrarse, peor que nunca, en esta última época del período pagano. Es una verdad que no podemos callar la de que en los días del descubrimiento se encontraron entre las estatuas que decoraban los lugares públicos del culto, figuras colocadas en actitudes sobremanera deshonestas,¹ y aunque pudieron equivocarse los españoles en la calificacion que de ellas hicieron, ya dijimos nosotros que no extraña-

1 “Por ver la costa (de Yucatan) llena de indios, dice Cogolludo, recatando lo que despues sucedió, salieron los castellanos en sus bateles y en las canoas á tierra (en el Cabo-Catoche), con quince ballestas y diez escopetas..... Bien necesitaron de esta prevencion..... Mientras duraba esta escaramuza (*la que se trabó entre los mayas y los castellanos al tiempo del descubrimiento*), el clérigo Alonso González fué á unos adoratorios que estaban un poco adelante en una placeta, y eran tres casas labradas de piedra, y allí halló muchos ídolos de barro, unos como caras de demonios, otros de mujeres, altos de cuerpo, *otros al parecer, de indios, que estaban cometiendo sodomías.*” «Historia de Yucatan.» Lib. I, Cap. I.

ríamos la más completa ausencia del pudor en las condiciones más tristes y deplorables de un pueblo que se hallaba en estado de degradacion creciente. Las naciones más civilizadas del Antiguo Mundo, como las de griegos y romanos, en medio de su altura material y en la decadencia más deplorable de costumbres ¿no nos ofrecen en la historia el cuadro más repugnante y vil con respecto á la moral? Antes que la luz del Evangelio iluminara á las inteligencias, y la sal de la religion suavizara y purificara las acciones humanas ¿no vemos á los hombres aun los más famosos por su reputación de filósofos, de oradores y poetas, encenagados en la más avanzada corrupcion, oprobio y vergüenza de la humanidad?

Todo cuanto acabamos de referir y considerar motivó y determinó una verdadera degeneracion en el pueblo maya, un verdadero envilecimiento en todas sus clases sociales: en las altas por injustas, por corrompidas, por crueles y tiranas en fin; en las secundarias é ínfimas por oprimidas y miserables, y en todas por el lógico extremo de la mísera condicion á donde han ido siempre á dar las naciones paganas. Por eso, cuando en la presente obra y en otros escritos nuestros hemos hablado del estado actual de envilecimiento y degradacion de la raza maya, no es en el sentido de que el descubrimiento y la conquista española le hayan envilecido y de-

gradado, no; sino en el de que, habiendo llegado este gran pueblo á la cúspide de la grandeza á que los pueblos gentiles pueden llegar por sus propios recursos, comenzó á decaer, y cayó hasta el último extremo de la más triste esclavitud, en que habría desaparecido del catálogo de los pueblos si no llegan oportunamente el descubrimiento y la conquista española á redimirle. Y si la misma conquista era, políticamente hablando, el último colmo de males y desdichas para la clase tirana, porque con ella, ésta iba á perder su predominio y á recibir su condigno castigo en el plan y economía de la Providencia, pero esa misma conquista iba á determinar una revolucion favorable á las clases subyugadas, que iban á ser el elemento principal del futuro pueblo yucateco, que despues de tres siglos de justa y natural sujecion á un monarca europeo, entraría en posesion de sí mismo, llevando en el tesoro de su herencia la grandeza histórica, así del antiguo pueblo español como del antiguo pueblo maya. Por más tardía que sea la consumacion de la perfecta amalgama de ambas razas, está iniciada; constituye el ser del nuevo pueblo yucateco, y es la ley de su destino natural y social, político, histórico y religioso. Cierto que en la ínfima grada social se ve hoy la mayoría del resto indígena, pero aparte de otras muchas causas que para esto existen, una de ellas es el antiguo envilecimien-

to que resultó de las circunstancias que han sido el objeto del presente capítulo y del anterior, y por consiguiente del período pagano del pueblo maya, y que sólo podrá ir corrigiendo y remediando en circunstancias favorables la civilización católica. De ese triste período histórico vino, sí, la degradación del noble pueblo maya, empezada primero en mal hora por la tiranía de Cocom, y después continuada por la de todos los reyezuelos que se conjuraron contra aquel, viniendo así á empeorar el mal el remedio mismo que se le había querido poner. Si cuando esta clase de revoluciones es obra de la justicia y de la equidad, con la aplicación conveniente de una política sabia, da por resultado la libertad y el ennoblecimiento de las clases oprimidas, por el contrario, cuando lo es del despotismo y de la iniquidad, ó cuando estos malos elementos vienen á falsear, como sucedió entre los mayas, el justo y general movimiento, el fruto que se recoge es el de la discordia civil, el despotismo creciente no ya de un tirano sino de muchos, la guerra á muerte de éstos entre sí, el llevar unos y otros uncido al desgraciado pueblo, víctima de todos, con todo el horror de la desgracia y ruina social, y con el aditamento además, en nuestro caso, de una falsa religión, cruel, bárbara y salvaje, que inficiona, enerva y destruye toda vida y toda fuerza á que toca.

Por eso, en los monumentos antiguos que se observan en las ruinas yucatecas, se encuentran entre los dibujos de la pintura, de la escultura y de la plástica, figuras de un tipo mayor, más perfecto y noble, ó como distinto del de los indígenas actuales, que en efecto debieron tomar antiguamente sus modelos de sí mismos; pues como es una verdad que la cultura del entendimiento es lo que más contribuye á diversificar los lineamentos del rostro y á constituir la perfección del tipo humano, es evidente que su ruina social les trajo la decadencia en todo sentido, hasta en su condición física, y de aquí esa abyección que tan en contraste se nota con la grandeza histórica y monumental de este pueblo, y que induce á muchos á creer que la raza actual no es descendiente de los constructores de tantas y tan admirables ciudades antiguas. Desde la época de la conquista española había quienes caían en este error, el cual refutó desde entonces también el Sr. Landa, con la notable particularidad de que después de haber presentado en su «Relación» todas las apuntes históricos y tradiciones que tan perfectamente conducen y auxilian para la reconstrucción de la historia antigua de Yucatan, diríjese al campo de las conjeturas que otros hacían, fijando su consideración en el extraordinario y maravilloso conjunto de ciudades y monumentos tan admirables, y sobre

cuya grande historia no habían hecho las averiguaciones que el sabio misionero había practicado; y entónces haciéndose por lo mismo éste como el eco de las meras suposiciones que aquéllos hacían, dice estas tan notables palabras, que en parte hemos citado atrás, y que aquí insertarémos en su expresiva integridad:

“Si Yucatan, dice, hubiese de cobrar nombre y reputacion con muchedumbre, grandeza y hermosura de edificios, como lo han alcanzado otras partes de las Indias con oro, plata y riquezas, ella hubiera extendídose tanto como el Perú y la Nueva-España, porque es así en esto de edificios y muchedumbre de ellos, la más señalada cosa de cuantas hasta hoy en las Indias se ha descubierto; porque son tantos, y tantas las partes donde los hay y tan (*bien*) tiene edificadas de cantería á su modo, que espanta; y porque esta tierra no es tal al presente, aunque es buena tierra, como parece había sido en el tiempo próspero en que en ella tanto y tan señalado edificio se labró, con no haber ningun género de metal en ella con que los labrar, porne (*pondré*) aquí las razones que he visto dar á los que en ellos han mirado. Las cuales son: que estas gentes debieron ser sujetas á algunos señores amigos de ocuparlas mucho (*déspotas*), y que las ocuparon mucho en esto: ó que como ellos han sido tan honradores de los ídolos, se señalarían de comunidad en

hacer los templos (*tiranía del fanatismo idólatrico*); ó que por algunas causas se mudaran las poblaciones (*tiranía política, discordias y guerras*), y así donde poblaban edificaban siempre de nuevo sus templos y santuarios y casas á su manera para los señores, que ellos (*los de la plebe*), siempre las han usado de madera cubierta de paja; ó que el grande aparejo que en la tierra hay de piedras y cal, y cierta tierra blanca (*sahcab*), excelente para edificios, les ha hecho como ocasion hacer tantos, que si no es á los que los han visto, parecerá burla hablar dellos. O la tierra tiene (*en su historia*) algun secreto que hasta agora no se le ha alcanzado, ni la gente natural destes tiempos ha tampoco alcanzado.”¹

Y despues (decimos) que se hace así el Sr. Landa el eco de las suposiciones y conjeturas, sin haber omitido lo que ya desde aquel siglo se decía y se ha repetido hasta nuestros días, á saber, que acaso *esta tierra tiene algun secreto que hasta ahora no se ha alcanzado*, entónces se detiene ó cambia, y no permite que ni aun se haga la suposicion de que los mayas no sean en su identidad nacional los mismos que construyeron aquellas grandes ciudades, los autores de aquellos estupendos monumentos, de aquellas estatuas, geroglíficos, pinturas y dibujos,

¹ *Relacion de las cosas de Yucatan.* § XLII.

pues concluye su discurso en estos tan notables y precisos términos: “Porque decir los hayan otras naciones edificado, sujetando á los indios, no es así, por las señales que hay de haber sido edificados los edificios de gente indiana y desnuda, como se ve en uno de los edificios, de muchos y muy grandes que allí hay, en las paredes de los bastiones, del cual aun duran señales de hombres en carnes y honestados de unos largos listones (*pampanilla, uidt*), que llaman en su lengua *ex*, y de otras divisas que los indios destos tiempos traían, todo hecho de argamasa muy fuerte; y morando yo allí, se halló en un edificio que desbaratamos, un cántaro grande con tres asas y pintado de unos fuegos plateados por de fuera, dentro del cual estaban cenizas de cuerpo quemado, y entre ellas hallamos tres cuentas de piedra, buenas, del arte de las que los indios ahora tienen por moneda, lo cual todo muestra haber sido indios (*los constructores*). Bien sé que si lo fueron, fué gente de más sér que los de ahora, y muy de mayores cuerpos y fuerzas, y aun véese esto más aquí en Izamal que en otra parte, en los bultos de media talla que digo están hoy en día de argamasa en los bastiones, que son de hombres crecidos, y los extremos de los brazos y piernas del hombre cuyas eran las cenizas del cántaro que hallamos en el edificio, que estaban á maravilla por quemar y muy grue-

sos. Véese tambien en las escaleras que son más de dos buenos palmos de alto, y esto aquí solo en Izamal y en Mérida.”¹

En efecto, á pesar de las diferencias procedentes de las causas expuestas que determinaron la decadencia de la raza, las figuras prominentes en los relieves de las fachadas y lugares más distinguidos de las ruinas, el escaso vestido, el modo de éste, los adornos, y en fin, las denominaciones mayas, todo prueba en esas mismas monumentales ruinas, de acuerdo con los datos presentados, que éstas son mayas, que la raza constructora ha sido siempre una, uno siempre su idioma, pero que por lo mismo, ha habido una verdadera degeneracion, un verdadero envilecimiento. Tócale ahora á la civilizacion moderna, con gobiernos que sean tan sabios como convenientemente religiosos, y á la sombra de la verdadera Independencia Nacional, llevar á término feliz la obra de regeneracion que la conquista española inauguró.

¹ *Relacion de las cosas de Yucatan.* § XLII.